



LA TEORÍA DEL IMPERIALISMO DE LENIN (y III)

Revista Laberinto.
(<http://laberinto.uma.es>)

El aplazamiento de la revolución europea (1920-1922)

M. ROCA MONET

El debate sobre el imperialismo está nuevamente de gran actualidad en las controversias teóricas y político-ideológicas de la transformación social. A este fin clarificador ha de contribuir el conocimiento histórico de aquellas teorías que han tenido un gran papel en la lucha del movimiento obrero revolucionario y en los movimientos de liberación de los pueblos, y entre las cuales ocupa un lugar de primer orden la teoría del imperialismo de Vladímir Ilich. Lenin. En el nº 3 de Laberinto iniciamos la exposición del análisis leninista, sin reducir la exposición, como a veces ha ocurrido, al enfoque económico del célebre texto de 1916: "El imperialismo, fase superior del capitalismo", lo que hubiera sido restringir el pensamiento de su autor, que ya advirtiera en su momento de la limitación, debida, por ser un texto legal, a la censura zarista. Por el contrario, ayudados por otros textos de la ingente obra de Lenin, prestábamos atención a los cambios o modificaciones políticas e ideológicas que comportaba la fase imperialista. Las "Bases Teóricas" del planteamiento de Lenin, expuestas en la primera entrega lo eran, por tanto, de la economía, la política y la ideología imperialista, y de sus consecuencias prácticas para la estrategia del movimiento obrero.

Nuestra exposición prosiguió en el nº 8 de Laberinto, con una segunda entrega referida al "Imperialismo y revolución mundial: la creación de la III Internacional (1919-1920)", en la que se trataba de destacar las aportaciones de Lenin ante la magnitud del proceso teórico y político práctico emprendido por la Internacional Comunista, en sus dos primeros Congresos. Vladímir Ilich participó activamente en las labores fundacionales de estos dos congresos, al formar parte de las comisiones más importantes y en la elaboración de los proyectos de las principales resoluciones.

En esta tercera entrega, exponemos el análisis y resoluciones del III y IV Congreso de la Internacional Comunista, los dos últimos realizados en vida de Lenin, si bien la participación activa de éste no pasó del III Congreso (1921), interviniendo apenas en el siguiente. En el IV Congreso (noviembre de 1922), Lenin ya enfermo, hizo el informe relativo a los "Cinco años de la revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial". El 21 de enero de 1924, a las siete menos diez de la tarde, moría Lenin en Gorki, de un derrame cerebral. Su muerte tendría consecuencias incalculables para el porvenir de la Internacional y de la revolución rusa.

Antecedentes

El análisis de Lenin fue concebido como una actualización de las tesis marxistas en el gran debate sobre el imperialismo que tuvo lugar en la coyuntura revolucionaria de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Como se recordará en aquel momento los partidos obreros principales de la II Internacional Socialista se habían alineado con la defensa de la patria, en apoyo de las burguesías imperialistas respectivas, provocando la escisión del movimiento obrero en tres tendencias fundamentales: la derecha mayoritaria de traidores a la revolución social, llamada "so-

cialchovinista", el centro renegado del "socialpacifismo", y la minoría de izquier-

da internacionalista, luego comunista. La teoría del imperialismo de Lenin fue confirmada exitosamente por la Revolución de Octubre en Rusia (1917). Justamente, el 25 de octubre de 1917 la burguesía imperialista y los terratenientes de Rusia perdieron el poder, gracias a la insurrección victoriosa y casi incruenta de los obreros armados dirigidos por el Partido Bolchevique. La Revolución de Octubre -concebida por los bolcheviques como el "prólogo" de la revolución socialista euro-

pea- había roto la cadena imperialista por “el eslabón más débil”. Pero la revolución europea se hizo esperar, colocando a los bolcheviques en una situación desesperada. Por fin, en noviembre de 1918, salta la revolución alemana, seguida por la fundación del Partido comunista de Alemania, haciendo sonar la hora de la fundación de la Internacional Comunista. El llamamiento fundacional será dirigido “a las organizaciones obreras que adoptan el punto de vista de la dictadura del proletariado bajo la forma del poder de los Soviets”. Pese a que la Rusia Soviética estaba en plena guerra civil, provocada por la contrarrevolución imperialista, y cercada de frentes militares que dificultan el desplazamiento de los delegados, la fundación de la Internacional Comunista (IC) se realiza en Moscú (marzo de 1919). La delegación alemana se inclinaba por dejar la fundación de la Internacional para más adelante, cuando los partidos comunistas que habían de ser sus secciones nacionales estuvieran más consolidados. Pero la necesidad de no dejar en solitario a la revolución rusa y la confianza en que la ofensiva revolucionaria desatada al final de la primera guerra mundial cuajara en otros países, bajo la dirección de los recién nacidos partidos comunistas, hicieron de la fundación de la IC una condición indispensable.

Con esas optimistas coordenadas y en medio de la gran expectación en los medios obreros internacionales, fue abierto -en Petrogrado (julio de 1920)- el Segundo Congreso, al que asisten representaciones de 67 organizaciones de 37 países. En este II Congreso se plasma el corpus teórico y político-práctico de la IC. Allí se acuerdan los estatutos, las condiciones de admisión, las tareas estratégicas y tácticas, las tesis sobre el movimiento sindical y los comités de fábrica, la cuestión agraria, la cuestión nacional y colonial, y las relativas al papel y organización de las mujeres y los jóvenes. No obstante, los mayores debates se centran en el papel del partido, en la acción de los comunistas en los sindicatos y la participación en los parlamentos burgueses.

1. De la estrategia de asalto a la estrategia de asedio

Entre el verano de 1920 y de 1921, se suceden los tres resonantes fracasos - del ejército rojo a las puertas de Varsovia, en agosto de 1920, del movimiento obrero italiano al mes siguiente, y la insurrección de los obreros alemanes en marzo de 1921- que dan pie al viraje estratégico acordado por el III Congreso de la IC (junio-julio de 1921). En consecuencia, la problemática común del III y IV Congreso de la IC (noviembre de 1922), responden a una reorientación urgida por la apreciación de la relación de fuerzas, si bien cabe matizar una diferencia entre uno y otro. El III Congreso diagnostica una etapa caracterizada por Lenin de “equilibrio relativo de fuerzas”, mientras los acuerdos del IV Congreso, se inclinan por la caracterización de una etapa defensiva¹.

Cabe hacer, por tanto, una aclaración respecto a las determinaciones estratégicas de ofensiva y defensiva, en cuya “disimetría irreductible” -como diría Poulantzas- se basan los análisis de los grandes estrategas marxistas como Lenin y Mao, en cuanto es la caracterización de la etapa de la lucha de clases la que determina o funda la adopción necesaria de una u otra estrategia. Obviamente la estrategia no es algo desiderativo, basado en el simple afán de querer ir a la ofensiva. “La estrategia dice cómo deben actuar la clase obrera y las masas populares, según la etapas, para alcanzar el objetivo final”². Pero entre la ofensiva y la defensiva suele darse una etapa intermedia, llamada por Lenin de “equilibrio relativo” de las dos fuerzas principales -burguesía y proletariado- en presencia.

El Tercer Congreso, a la par que analiza el fracaso de la ofensiva revolucionaria en Europa, constata el impacto de la crisis económica internacional desatada desde mediados de 1920, y las dificultades de los nacientes partidos comunistas, frente a la influencia predominante que conservan las organizaciones socialdemócratas sobre la clase obrera. Al análisis de estos

¹ BIBLIOTECA COMUNISTA: Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Tomo II, Ediciones Pluma, Buenos Aires, diciembre 1973, pág.7 y ss.

² NICOS POULANTZAS: Fascismo y Dictadura, Siglo XXI, 1973, pp.81-82.

problemas responderá la consigna de “a las masas”, el énfasis en el programa de reivindicaciones inmediatas y la acción directa a escala política y sindical, plasmada en el viraje hacia el “frente único proletario”.

1.1. La Rusia Soviética, la tríada imperialista y la relación de fuerzas mundial

La reorientación estratégica planteada por el III Congreso³ partió de la constatación del aplazamiento de la revolución socialista en los países capitalistas de Europa, de la que obligatoriamente había de tomar nota la situación en solitario de la revolución rusa, al pasar ésta del llamado “comunismo de guerra”(1918-1921) a la “nueva política económica”, la célebre NEP, en la primavera de 1921. La NEP, concebida como “una retirada para un nuevo ataque”, tras un primer intento de alianza con el capitalismo de Estado⁴, supone -a partir de octubre de 1921- el restablecimiento de las relaciones mercantiles y monetarias, como condición de la recuperación de la economía y de la alianza con el campesinado. En el X Congreso del Partido Comunista de Rusia, Lenin había señalado: “Solamente un acuerdo con el campesinado puede salvar la revolución socialista en Rusia hasta que se haya producido en otros países”.

Las rivalidades imperialistas entre las potencias de Europa, Japón y Estados Unidos, al traducirse en tensiones y distensiones, llevan a pronosticar los peligros inminentes de nuevas guerras imperialistas.

³ Los trabajos del III Congreso abarcaron principalmente las siguientes elaboraciones: Tesis sobre la situación mundial y las tareas de la IC; Tesis sobre la táctica; Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los Partidos Comunistas; Tesis sobre la táctica del Partido Comunista de Rusia; La Internacional Comunista y la Internacional Sindical Roja; Tesis sobre la acción de los comunistas en las cooperativas; Resolución sobre la IC y el movimiento de la Juventud Comunista; Tesis sobre la propaganda entre las mujeres; Manifiesto del Comité Ejecutivo de la IC.

⁴ Lenin consideraba el capitalismo de Estado como la forma económica no socialista que es, enfocándolo tanto desde el punto de vista de ser un paso adelante en comparación con el atraso económico de Rusia, como desde el punto de vista de significar una posible línea de repliegue. “El capitalismo de Estado -decía Lenin en 1918- sería un paso adelante en comparación con la situación existente hoy en nuestra República Soviética. Si dentro de unos seis meses se estableciera en nuestro país el capitalismo de Estado, eso sería un inmenso éxito y la más firme garantía de que, al cabo de un año, el socialismo se afianzaría definitivamente y se haría invencible”. En el texto “Cinco años de la revolución rusa y perspectiva de la revolución mundial”, Obras Completas, tomo 45, Editorial Progreso, p.296.

La época del imperialismo comprende un horizonte de guerras entre los Estados imperialistas y de guerras civiles en el interior de los Estados capitalistas, por un lado, y de Estados proletarios y pueblos coloniales, por otro.

La inestabilidad que proyectan las rivalidades imperialistas, unido a la desorganización del mercado mundial, la ruina de la Europa postbélica y la crisis económica permiten pensar en una nueva conflagración mundial. “Los capitalismo no temen la masacre de millones de individuos”, señala el manifiesto del Comité Ejecutivo de la IC. “Lo que temen es que una nueva guerra empuje definitivamente a las masas a las filas del ejército de la revolución mundial, que una nueva guerra provoque la sublevación final del proletariado mundial”. En este sentido operaban los efectos bien recientes de la “gran guerra”.

La Primera Guerra Mundial significó la derrota de las tres potencias imperialistas europeas (Alemania, Austria-Hungría y Rusia), y la victoria de las otras tres potencias: Inglaterra, Francia y Estados Unidos, lo cual fue ratificado por los tratados de paz, encabezados por el Tratado de Versalles. Estos tratados internacionales se ocuparon, en primer lugar, de rodear a la Rusia soviética de un “cordón sanitario”, tras haber fracasado en el derrocamiento militar del régimen bolchevique. El “cordón sanitario” supuso el establecimiento de una serie de Estados nacionales “vasallos” de las potencias imperialistas. Esos nuevos Estados fueron diseñados según los criterios étnico-lingüísticos de los movimientos nacionalistas que las potencias vencedoras apoyaron a condición de que fueran antibolcheviques. Algo que a juzgar por la Internacional resultaba tan contradictorio como regresivo: “El imperialismo se creó por las necesidades de las fuerzas productivas que tendían a suprimir la fronteras nacionales y a crear un territorio europeo y mundial económico único; el resultado del conflicto de los imperialismos enemigos fue el establecimiento en Europa Central y Oriental de nuevas fronteras, nuevas aduanas y nuevos ejércitos”.

En segundo lugar, la reorganización del mapa de Europa pasó por debilitar a Alemania -en lo que Francia, su rival tradicional, estaba particularmente interesada- ya que de no ser por la intervención de Estados Unidos, probablemente Alemania hubiese ganado la partida bélica de 1914-1918. Pero no siendo así, los vencedores le aplicaron la cláusula de la culpabilidad de la guerra y de sus consecuencias, por lo que junto a los recortes territoriales, Alemania quedó sujeta a limitaciones militares (no tener una flota importante ni fuerza aérea y reducir el ejército de tierra a cien mil hombres, junto a la pérdida de las colonias de ultramar), además de la ocupación militar de una parte occidental del país y unas reparaciones económicas leoninas a las potencias imperialistas vencedoras.

Inglaterra seguía siendo el país económicamente más fuerte, por no haber sufrido las devastaciones de la guerra, de manera que el imperialismo británico aumentó sus colonias, no obstante los éxitos comerciales y financieros, retrocedió en el terreno industrial, en razón de lo cual los movimientos huelguísticos se consideraban una consecuencia del declive económico de Inglaterra.

Por su parte, Francia aunque trataba de restablecer su economía a costa del pillaje sobre Alemania, a decir de la IC ese “restablecimiento de la economía francesa está obstaculizado por las grandes pérdidas de vidas humanas causadas por la guerra, pérdidas imposibles de compensar, dado el lento crecimiento de la población francesa”.

En sentido opuesto al declive de Europa, figuraba el ascenso económico de Estados Unidos, dado que la guerra no supuso ninguna destrucción de sus fuerzas productivas, sino que por el contrario le convirtió en un proveedor de las potencias beligerantes. Si, antes de la guerra, Estados Unidos ya era un país exportador especialmente de productos agrícolas y materias primas, ahora los productos industriales suponían el 60 por ciento de su exportación, dado que su aparato productivo se había desarrollado al máximo durante la guerra, por lo que después de ésta era

de suponer se le presentaría un problema de mercado.

Finalmente, Japón, en menor medida que Estados Unidos, aprovechó la guerra para mejorar su posición en el mercado mundial. Con una considerable fuerza militar y naval se convirtió en la potencia más importante del Extremo Oriente, lo cual fue consagrado por el acuerdo naval de Washington en 1922, con el que se daba fin a la supremacía naval británica, repartiéndose entre Estados Unidos, Inglaterra y Japón.

En consecuencia, el esquema de la relación de fuerzas sociales a nivel mundial trazado por el Tercer Congreso comprendía la entrada en liza de cinco fuerzas fundamentales:

- * La existencia de la Rusia Soviética, sometida al cerco capitalista, tras fracasar las tentativas de intervención armada del imperialismo internacional, lo cual había creado una “coyuntura original” determinada por un “equilibrio oscilante”.

- * La burguesía internacional imperialista que aguardaba el momento de aplastar a la Rusia soviética.

- *El proletariado de los países capitalistas avanzados que contaban con la vanguardia personificada por los partidos comunistas, los cuales minan la influencia de la vieja burocracia sindical y de la aristocracia obrera corrompida por los privilegios imperialistas.

- *La democracia pequeño burguesa de los Estados capitalistas, encabezados por la Internacional Socialista, y sostén principal del capitalismo, cuya influencia será debilitada por el empeoramiento de la situación de las masas trabajadoras y el fracaso de las guerras imperialistas.

- *Las masas trabajadoras de los países coloniales y semicoloniales, que forman la enorme mayoría de la población del mundo. Estas grandes masas han despertado a la vida política a comienzos del siglo XX, gracias a las revoluciones de Rusia, Turquía, Persia y China.

1.2. El reformismo socialista europeo

El Tercer Congreso estuvo especialmente preocupado por el fracaso de la revolución europea, concretada en las vicisitudes de la revolución alemana, en la medida que la

derrota de ésta significó el triunfo del reformismo socialdemócrata. El temor a la revolución proletaria hizo que los Estados liberales burgueses interviniesen en el campo de la legislación laboral y de las reformas agrarias, a la par que la socialdemocracia europea entraba a formar parte de los gobiernos liberales, en la década de 1920, siguiendo el ejemplo alemán. En la legislación laboral se implantan los convenios colectivos, los sistemas nacionales de previsión social, la jornada de 8 horas y la creación de los Ministerios de Trabajo. Por otro lado, entre 1919 y 1922 se promulgan una serie de medidas de reforma agraria desde Finlandia a España, pasando por Yugoslavia, Grecia y todo el centro y este de Europa. El objetivo fundamental de los Estados liberales no era otro que el de pacificar la lucha de clases y contener la influencia del comunismo internacional.

Al hacer el balance de la ofensiva revolucionaria en Europa, la IC se había preguntado por las razones del fracaso, atribuyéndolo a tres factores principales: 1) la diferencia de estructura social y de obstáculos a superar en cada país; 2) el elevado grado de organización de la burguesía en los países de capitalismo desarrollado de Europa Occidental y América del Norte, y 3) la influencia que conservaban los partidos y sindicatos socialdemócratas en el movimiento obrero europeo.

Ante la cuestión de saber si el aplazamiento de la revolución europea iba o no para largo, la IC se preguntaría: “¿Hay razones para suponer que después de una época de convulsiones políticas y de lucha de clases, viene una nueva época prolongada de restauración y engrandecimiento del capitalismo?”. La respuesta irá unida a una segunda interrogante destinada a sopesar la actitud de la clase obrera: “¿Está dispuesta la clase obrera, en condiciones nuevas, incomparablemente más difíciles, a sacrificarse para afirmar las condiciones de su propia esclavitud, más estrecha y dura que antes de la guerra?”. Para la IC no hay duda de que la clase obrera se negará a someterse a los dictados de reconstrucción del capitalismo que aconsejaban las organizaciones socialdemócratas. Y esto porque a tenor del análisis de la IC la mejora de las condicio-

nes de existencia del proletariado europeo estaba en abierta contradicción con las posibilidades objetivas del capitalismo. Una visión a la que contribuyó sin duda el impacto de la crisis económica desatada a mediados de 1920 y la conexión de la misma con una visión finalista del capitalismo agonizante y en descomposición de la época imperialista.

En cuanto a la reorganización de los sindicatos socialdemócratas en la Internacional Sindical de Ámsterdam (julio de 1919), la Internacional de los partidos socialistas, huyendo del avispero centroeuropeo, había desplazado su sede oficial de Berlín a Londres, sin por ello recuperar la unidad. Frente a la conferencia de Ginebra (julio de 1920) dominada por la posición derechista del laborismo británico, el ala izquierda -formada por los socialistas austriacos, los independientes alemanes y los longuettistas franceses- se reunió meses después, en Berna (diciembre de 1920) y en Viena (febrero de 1921), con el fin de crear una “Comunidad de Trabajo de Partidos Socialistas”. Ésta sería llamada irónicamente la “Internacional 2 y 1/2”, dado que pretendía situarse, como ella misma decía, por encima de la “ingenua impaciencia” de Moscú y de la “escéptica incredulidad” de Ginebra. En su llamamiento a los socialistas de todos los países, apelaba retóricamente a “la creación de un frente proletario revolucionario contra el capitalismo y el imperialismo, tanto en su propio país, como en el marco de una organización internacional proletaria”.

Más adelante, con motivo de la política de frente único proletario postulada por la IC desde diciembre de 1921 la “Internacional 2 y 1/2” tomará la iniciativa de reunir en Berlín (abril de 1922) a los representantes de las tres internacionales, compuesta cada delegación de diez miembros. El Comité Ejecutivo de la IC al aceptar la invitación propuso que fuesen invitados a la conferencia todas aquellas fuerzas susceptibles de integrar el frente único: la Internacional Sindical Roja, la Internacional Sindical de Ámsterdam, las organizaciones anarco-sindicalistas y las organizaciones sindicales independientes. La conferencia de Berlín se convirtió en una requisitoria a la IC, encabezada por las exigen-

cias de la delegación de la Segunda Internacional, solicitando “garantías” a la actuación de los comunistas dentro y fuera de Rusia. Entre tanto se hacían los preparativos para una conferencia general, fueron acordadas unas jornadas de lucha para el 20 de abril y 1º de mayo. Las consignas eran: la jornada de trabajo de 8 horas; la lucha contra la miseria provocada por la política de reparaciones de las potencias capitalistas; la acción unida del proletariado contra la ofensiva capitalista, la solidaridad con la revolución rusa y la Rusia hambrienta y contra el aislamiento económico y político de la Rusia Soviética. La conferencia general de las tres internacionales no llegó a realizarse. En su lugar, las dos internacionales socialistas llegaron al entendimiento, con vistas a celebrar un congreso al año siguiente (Hamburgo 1923), que daría nacimiento a la Internacional Obrera Socialista. Esta organización estableció un comité permanente de enlace con la Internacional Sindical de Ámsterdam. En aquella coyuntura, en la que el marxismo le decía bastante a la clase obrera, la Internacional Socialista seguía “afirmando verbalmente su adhesión a un marxismo ortodoxo, en el cual, de hecho, no creía en absoluto”⁵, pero que invocaba de cara a la competencia, con el fin de combatir a la Internacional Comunista.

1.3. Crisis económica y fascismo emergente

La crisis económica iniciada a mediados de 1920, cuyos efectos inmediatos fueron una desocupación creciente, la carestía de la vida, los bajos salarios y cierres de empresas, será calificada por la IC de “aterradora”. Los niveles de desempleo en Europa eran sorprendentemente altos en comparación con los conocidos antes de 1914. Y sus efectos traumáticos en las capas obreras y medias de la población, se vieron coronados por la gran inflación de 1922-1923, debido a las políticas monetarias adoptadas por los gobiernos, en el sentido de modificar el valor del dinero, imprimiendo papel moneda de forma ilimitada.

⁵ Jacques Droz, Historia del socialismo, Edimasa, Barcelona 1968, p.204-205.

“ La crisis -señala el III Congreso- se abatió sobre el proletariado del mundo entero con una fuerza aterradora. La reducción de los salarios sobrepasó la baja de los precios. El número de desocupados y semidesocupados se volvió enorme, sin precedentes en la historia del capitalismo. Los frecuentes cambios en las condiciones de existencia personal influyen muy desfavorablemente sobre el rendimiento del trabajo pero excluyen la posibilidad de establecer el equilibrio de clases sobre el terreno fundamental de la producción. La incertidumbre de las condiciones de existencia que reflejan la inconsistencia general de las condiciones económicas nacionales y mundiales, en este momento, constituyen el factor más revolucionario”. La crisis económica presentaba una evidente connotación de cara a la salida revolucionaria, en cuanto era concebida como una prueba concluyente de que “la burguesía no está en condiciones de reconstruir el mundo”, vinculada asimismo a la amenaza latente de un nueva guerra imperialista, lo que permitía predecir que “el capitalismo después de haber cumplido su misión histórica de desarrollar las fuerzas productivas, entró en una contradicción infranqueable respecto a las necesidades no solamente de la evolución histórica actual sino también de las condiciones de existencia humana más elementales”.

Ahora bien, ante una correlación de fuerzas, definida por el “equilibrio inestable de la sociedad burguesa”, en la que apunta la contraofensiva burguesa, el III Congreso destaca la importancia que reviste el dominio del aparato de Estado, al señalar: “Los dirigentes de la burguesía se jactan de la potencia de los mecanismos de Estado, e incluso en todos los países pasan a la ofensiva contra las masas obreras, tanto en lo económico como en lo político”.

El fascismo como fenómeno político, producto de la reacción burguesa bajo el imperialismo está en sus comienzos, de ahí que el IV Congreso lo vincule a la ofensiva de la burguesía y lo relacione con la reacción violenta de los “guardias blancos”. El análisis del fascismo en Italia, se planteará desde la perspectiva de la contrarre-

volución desatada tras la derrota del movimiento revolucionario italiano. Esto explica que la reacción fascista comparta aspectos semejantes con la violencia de las clases dominantes en otros países, junto al diagnóstico común: la falta de un partido comunista que hubiese llevado la revolución a la victoria. “Si la clase obrera no triunfó en 1919-1920 en los países más importantes, se debe precisamente a la ausencia de un partido obrero revolucionario. Esto se manifestó particularmente en Italia, país que se encontraba muy próximo a la revolución y que actualmente atraviesa un periodo de contrarrevolución”⁶.

Y de donde se derivan las advertencias sobre la posibilidad de que el fascismo se convierta en la envoltura política de la contraofensiva burguesa en una serie de países. En ese sentido, la caracterización inicial del fascismo atiende: a) la conexión de éste con la ofensiva del gran capital en el terreno económico; b) el dominio de la reacción violenta, de los “guardias blancos” cuando la legalidad burguesa no son suficientes para combatir al proletariado, y c) el diagnóstico de que “la máscara fascista es el último intento de la burguesía”, lo que no impide afirmar la eventualidad de que “la reacción burguesa abierta sea reemplazada por una era “democrático-pacífica”.

En cuanto al apoyo de masas al fascismo, en base al fascismo italiano, considerado un fascismo “clásico”, se subraya “que los fascistas no solamente constituyen organizaciones de combate estrictamente contrarrevolucionarias y armadas hasta los dientes, sino que además ensayan crear, mediante una demagogia social, una base en las masas, en la clase campesina, en la pequeña burguesía e inclusive en ciertos sectores del proletariado, utilizando acertadamente para sus objetivos contrarrevolucionarios las decepciones provocadas por la así llamada democracia”.

Esta apreciación es importante, porque uno de los fallos posteriores de la IC será el no distinguir la forma de Estado y de régimen político que comporta el fascismo,

al meter a éste y las demás formas de Estado burgués, en el saco de la “dictadura del capital”.

2. Partidos Comunistas y línea de masas

Para salir bien librados de la etapa de “equilibrio relativo de fuerzas” era una condición imprescindible el que los partidos comunistas combatieran la tendencia a la pequeña secta y el aislamiento de las masas obreras, al que empujaba el oportunismo de izquierda, ya combatido por Lenín en su texto “El izquierdismo, la enfermedad infantil del comunismo”. La consigna “A las masas” correspondía al diagnóstico estratégico, de donde se desprende que las *Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los Partidos Comunistas* pormenoricen al máximo los criterios y recomendaciones a seguir. Efectivamente, la mayoría de los jóvenes partidos comunistas habían surgido de las escisiones del ala izquierda de los partidos socialdemócratas o socialistas de la II Internacional y conservaban no pocos de sus hábitos y enfoques. Una forma notable de la persistencia ideológica socialdemócrata será el “economismo”, designando con ello la reducción del marxismo a una “teoría económica”, tendente a hacer de las fuerzas productivas -y no de las relaciones sociales de producción y la lucha de clases- el motor de la historia.

2.1. Características de los partidos comunistas de masas

La centralización democrática era la característica principal de la estructura de los partidos comunistas; frente al peligro del burocratismo, la fusión del centralismo y la democracia “no puede obtenerse más que por una actividad permanente y común del conjunto del partido”. De manera que, si la centralización de la actividad comunista pasa por “la formación de una dirección poderosa, lista para el ataque y al mismo tiempo susceptible de adaptación”, la democracia real en el seno del partido pasa por la participación regular del conjunto de la militancia en la vida del partido y las relaciones de éste con las organizaciones de masas.

⁶Ver, Los cuatro primeros congresos....., IV Congreso de la IC: Resolución sobre la cuestión italiana, p.334.

La renuncia a ganarse a las masas, planteada por algunos pequeños partidos comunistas, fue combatida por Lenin en su discurso en defensa de la estrategia del Tercer Congreso, precisando en este sentido el concepto de “masas”. Para Lenin como para Mao, el concepto de masas no es sociológico, sino político, en el sentido de que las masas son las que siguen la línea del partido, de ahí que su amplitud varíe de conformidad con el carácter de la lucha. “El concepto de “masas” -dirá Lenin- varía según cambie el carácter de la lucha. Al comienzo de la lucha bastaban varios miles de verdaderos obreros revolucionarios para que se pudiese hablar de masas. Si el partido, además, de llevar a la lucha a sus militantes, consigue poner en pie a los sin partido, esto es ya el comienzo de la conquista de las masas. Durante nuestras revoluciones hubo casos en que unos cuantos miles de obreros representaban la masa... Cuando la revolución está ya suficientemente preparada, el concepto de “masas” es otro; unos cuantos miles de obreros no constituyen ya la masa. Esta palabra comienza a significar otra cosa distinta. El concepto de masas comienza a significar otra cosa distinta. El concepto de masa cambia en el sentido de que por él se entiende una mayoría, y además no sólo una simple mayoría de obreros, sino la mayoría de todos los explotados... Pero vemos que hay camaradas que afirman: Hace falta renunciar inmediatamente a la exigencia de conquistar “grandes” masas. Es necesario luchar contra estos camaradas.....”⁷.

Los núcleos comunistas eran la organización de la militancia de base en los centros de actividad regular del partido. “Los núcleos comunistas -señalaban las tesis del Tercer Congreso- son grupos para el trabajo comunista cotidiano dentro de las empresas y talleres, en los sindicatos, en las asociaciones proletarias, en las unida-

⁷ Recordemos que un año antes, en La enfermedad infantil del “izquierdismo en el comunismo, Lenin había combatido esa renuncia a ganarse a las masas planteada por el “doctrinarismo de izquierda”: “La tarea inmediata -decía Lenin- de la vanguardia consciente del movimiento obrero internacional, es decir de los partidos, grupos y tendencias comunistas, consiste en saber *llevar* a las grandes masas (hoy todavía, en la mayoría de los casos, adormecidas, apáticas, rutinarias, inertes, sin despertar) a esta nueva posición suya o, mejor dicho, en saber dirigir no *sólo* a su propio partido, sino también a estas masas en el transcurso de su acercamiento y de su paso a esta nueva posición...”.

des militares, es decir, en todos lados donde hay por los menos algunos militantes o algunos aspirantes del Partido Comunista. Si hay varios dentro de la misma empresa o dentro del mismo sindicato, etc. el agrupamiento se transforma en una fracción cuyo trabajo es dirigido por el núcleo”.

Los partidos comunistas debían formar parte de las luchas obreras, condición básica para poder guiar esas luchas, toda vez que han de crecer en el combate y no al margen. Además de aprovechar las posibilidades legales existentes en los Estados burgueses (libertad de prensa, de reunión, de asociación, así como instituciones parlamentarias) con el fin de convertirlos en plataformas de lucha.

El perfil de la militancia comunista se precisaba con claridad meridiana, al señalar: “Entonces, todo Partido Comunista debe esforzarse por tener sólo militantes realmente activos, exigir de cada uno que ponga a disposición de su partido su fuerza y su tiempo en la medida que pueda disponer de él en circunstancias dadas y consagrar siempre al Partido lo mejor de sí. En general para ser miembro del Partido Comunista es necesario aparte de la convicción comunista, lo que es obvio, cumplir también las formalidades de la inscripción primero eventualmente como aspirante, luego como militante. Es necesario pagar regularmente las cotizaciones establecidas, la suscripción al diario del Partido, etc. Pero lo más importante es la participación de cada militante en el trabajo político cotidiano”⁸.

Además, la acción de los comunistas tenía a su favor la percepción de la fisonomía postbélica de las masas obreras en Europa. Al considerarse, en primer lugar, que los valores tradicionales y conservadores habían perdido gran parte de su influencia en las masas. En segundo lugar, se consideraba de gran importancia el fenómeno de que “millones de obreros que han hecho el aprendizaje de la guerra, familiarizados en el manejo de las armas, y en su mayoría listos para usarla contra el enemi-

⁸ Los cuatro primeros congresos...p.75. Añadamos que se consideraban como formas de agitación y propaganda principales las conversaciones personales, la participación en las luchas obreras sindicales y políticas y la acción en la prensa y literatura de los partidos comunistas.

go de clase”. En tercer lugar, figuraban los “millones de jóvenes obreros y obreras que crecieron durante la tempestad revolucionaria, más accesibles a la palabra comunista, con ardientes deseos de actuar”. En cuarto lugar, “los millones de nuevos obreros y obreras, en particular, atraídos a la industria durante la guerra, que transmiten al proletariado no solamente sus prejuicios pequeñoburgueses, sino también las aspiraciones impacientes hacia mejores condiciones de vida”. Finalmente, en quinto lugar, estaba después de la guerra “un ejército de desocupados, la mayor parte de ellos descalzados que reflejan vivamente en sus fluctuaciones la decadencia de la economía capitalista, y que tienen constantemente amenazado el orden burgués”.

Pero de contrapeso a estos elementos de cambio estaba la gran influencia conservada por la burocracia obrera que “elabora sus propios métodos de dominio y se ata por diversas vías a las instituciones y órganos del Estado capitalista”. Y junto a ésta, “la vieja generación de socialdemócratas y sindicalistas, en su mayoría obreros cualificados, unidos a su organización por decenas de años de lucha, y que no pueden decidirse a romper con ella pese a sus traiciones y fracasos”.

Por todo ello, una tarea principal de los comunistas en el seno de las organizaciones de masas y de los sindicatos era la de erradicar a la burocracia sindical reaccionaria, con el fin de transformar los sindicatos en instrumentos de lucha de las masas proletarias. En este sentido se recomendaba una mayor dialéctica ante las situaciones concretas para no caer en un sindicalismo de poca monta. “La práctica del movimiento sindical -señalaba otra de las tesis- mostró que las agrupaciones y fracciones comunistas frecuentemente son confusas y no saben qué hacer cuando están frente a cuestiones concretas cotidianas. Es fácil, aunque estéril predicar los principios generales del comunismo porque conduce a una vía absolutamente negativa; a un sindicalismo vulgar. Estas acciones facilitan el juego de los dirigentes de la Internacional amarilla de Ámsterdam”.

Por lo demás, se repetirá que toda la actuación de los comunistas ha de estar basada en la convicción de que “sobre el terreno del capitalismo ninguna mejora duradera de la situación de las masas proletarias es posible; que sólo la derrota de la burguesía y la destrucción del Estado capitalista permitirán trabajar para mejorar la situación de la clase obrera y para restaurar la economía nacional arruinada por el capitalismo”.

Pero esta convicción lejos de llevar al maximalismo o la simple prédica de los objetivos finales del comunismo, debía conducir a la movilización práctica, poniendo en primer plano la lucha por las necesidades vitales inmediatas de las masas y los métodos de la acción directa.

2.2. Reivindicaciones parciales, control obrero y acción directa

Las reivindicaciones parciales basadas en las necesidades vitales y urgentes de las masas y por consiguiente susceptibles de impulsar su movilización, se consideraban en abierta pugna con el capitalismo por cuanto éste -en el caracterizado periodo de inestabilidad y crisis- no estaba en condiciones de asegurar una existencia humana digna. Con este enfoque reivindicativo, los comunistas se oponían al viejo programa mínimo de reformas socialdemócrata, entendido como un intento “tendente a justificar y a mejorar el edificio tambaleante del capitalismo”. Siendo en ese sentido que actuaban las demandas reformistas de la nacionalización de la industria sobre la base del poder capitalista, ¡qué distinto era sobre la base del poder obrero!

En el planteamiento de las reivindicaciones no había que preocuparse en absoluto por saber si eran o no compatibles con la explotación capitalista; de lo que había que ocuparse era de las masas. “Si estas reivindicaciones responden a las necesidades vitales de grandes masas proletarias, si estas masas están imbuidas por el sentimiento de que sin la realización de estas reivindicaciones su existencia es imposible, entonces la lucha por sus reivindicaciones se convertirá en el punto de partida de la lucha por el poder”.

El razonamiento de su alcance era el siguiente: dado que la acción de masas se enfrenta a la reacción burguesa y su aparato de Estado que protege a los empresarios, mediante leyes de excepción, la militarización y la represión de la lucha, los obreros son llevados a combatir a la burguesía en su conjunto y al aparato de Estado capitalista. De ahí, la necesidad de ir a la generalización de la lucha obrera, situación ante la cual los partidos comunistas han de elevar las consignas anticapitalistas integrándolas dentro de un “plan de lucha por el control obrero” engarzado a la perspectiva revolucionaria.

En esa dirección cobra especial relieve la organización de los desocupados. Convertir ese ejército de reserva de la industria en un ejército activo de la revolución, es una tarea de los comunistas. Éstos deben tomar a su cargo la dirección del ejército de desocupados, en la lucha por la revolución socialista, de rechazo a la función capitalista del ejército de reserva (de “presión” sobre el trabajo organizado con miras a una reducción de salarios), y frente a la inhibición socialdemócrata respecto a los parados, en cuanto “los consideran simplemente como sujetos de la beneficencia gubernamental y sindical y los caracterizan políticamente como un lumpenproletariado”⁹.

De la elevación de las consignas de lucha dependía la posibilidad del paso a la ofensiva, lo cual estaba sujeto a su vez a las circunstancias concretas. Siendo un aspecto principal del avance la “disposición constante para el combate” de los comunistas, habida cuenta de la “disgregación del capitalismo y pauperización creciente de las masas” que caracteriza a la coyuntura de la lucha de clases. Pero de la misma manera que, había que estar dispuesto a retomar la ofensiva ante la expansión del movimiento, había que estar preparado a “retirar de la batalla a las masas

combatientes con el máximo de orden y unidad”, en caso de retroceso de la movilización.

En cualquier caso el logro de las reivindicaciones estaba en razón de la movilización de las masas, de su acción directa. “Todas las conquistas de los obreros guardan estrecha relación con la acción directa y la presión revolucionaria de las masas. En la expresión “acción directa” hay que entender todo tipo de presión directa ejercida por los obreros sobre los patronos y sobre el Estado, como por ejemplo: boicot, huelgas, acción en las calles, demostraciones, ocupación de fábricas, oposición violenta a la salida de productos de estas empresas, levantamientos armados, y otras acciones revolucionarias destinadas a unir a la clase obrera en la lucha por el socialismo”.

En esa dirección se señalan dos tipos de acciones parciales: 1) aquellas de capas aisladas del proletariado, como los mineros, ferroviarios, obreros agrícolas, entre otros; y 2) aquellas del conjunto de los obreros por objetivos limitados y puntuales. A nivel territorial esas luchas parciales podían abarcar regiones, países o varios países a la vez.

Un criterio a tener en cuenta en las luchas parciales era el “tender a transformar todo combate local de cierta envergadura en una lucha general del proletariado”. La recomendación indicaba al respecto: “Así como el Partido Comunista tiene el deber de llamar en su ayuda a toda la clase obrera, para defender a los obreros combatientes de una rama de la industria, también está obligado a movilizar, de acuerdo a sus posibilidades, a los obreros de otros centros industriales, para defender a los que combaten en un lugar determinado. La experiencia de la revolución muestra que cuanto más grande es el campo de batalla, mayores son las perspectivas de victoria”.

En esa trayectoria, la actuación del partido y el sindicato han de ir unidos, de rechazo a los planteamientos de “neutralidad” o “apoliticismo” de los sindicatos con los que se trata de separar la unidad de acción necesaria entre ambas organizaciones de la clase obrera.

⁹ Un ejemplo de lucha contra el paro forzoso fue el desarrollado en Inglaterra, mediante la creación del Movimiento Nacional de Obreros en Paro, cuyo principal organizador fue el destacado comunista Wal Hannington. Llegaron a movilizar a unos 40.000 desocupados que en 1921, en una célebre manifestación portaban una corona mortuoria con la hoz y el martillo y una inscripción: “A las víctimas del capitalismo que dieron sus vidas por la Renta, el Interés y el Beneficio, de los supervivientes de la Paz que están sufriendo algo peor que la muerte por culpa de esta maldita trinidad”.

Estos criterios se plasmaron en la creación de la Internacional Sindical Roja (1921) con la asistencia de 380 delegados de 41 países. Y la adhesión a la misma que los partidos comunistas estaban obligados a proclamar, de rechazo a la Internacional Sindical Socialdemócrata de Ámsterdam.

3. Los principios de la Internacional Sindical Roja

Después de la primera guerra mundial se produjo un auge en la sindicación de la clase obrera, de manera que entre 1913 y 1919, los obreros organizados en números redondos pasaron en Alemania de 4 a 11 millones; en Inglaterra de 4 a 8 millones; en Francia de un millón a dos millones y medio; en Italia de uno a dos millones; manteniéndose en todos ellos, por lo general, las direcciones reformistas y el sindicalismo “apolítico” del anarcosindicalismo, según los países.

Pero con motivo de la crisis económica y la ofensiva burguesa, desde 1920, los sindicatos pierden afiliación y el movimiento sindical en su conjunto se debilita. Para la IC la responsabilidad del retroceso no se debe tanto a los efectos desarticuladores de la crisis económica, como a la política de colaboración de clases del reformismo socialdemócrata ante la crisis económica, que los reformistas disimulaban tras el señuelo de “utilizar el capital en provecho de los obreros”.

3.1. Contra la “neutralidad” reformista y el apoliticismo anarcosindicalista

En primer lugar, la idea de la neutralidad política es concebida como una idea propia de la clase burguesa, interesada en desorientar y confundir a los obreros, en cada momento. Por eso históricamente, la neutralidad es una idea tan perjudicial para los obreros, a la par que supone un engaño necesario para el mantenimiento del poder de la burguesía.

“En realidad, señalará el tercer congreso de la IC, los sindicatos jamás han sido neutrales y jamás habrían podido serlo, aunque lo hubiesen querido. La neutralidad de los sindicatos sólo podría ser perjudicial a la clase obrera, y además es irrealizable. En el duelo entre trabajo y ca-

pital, ninguna gran organización obrera puede permanecer neutral. Por consiguiente, los sindicatos no pueden ser neutrales entre los partidos burgueses y el partido del proletariado. Los partidos burgueses se dan perfecta cuenta de esto. Pero así como la burguesía necesita que las masas crean en la vida eterna, igualmente necesita que se crea que los sindicatos pueden ser apolíticos y pueden conservar la neutralidad frente al partido comunista obrero. Para que la burguesía pueda continuar dominando y oprimiendo a los obreros para arrancarles la plusvalía, no sólo necesita al cura, al policía, al general, también le hace falta el burócrata sindical, “el líder obrero” que predica la neutralidad a los sindicatos obreros y la indiferencia en la lucha política”.

En segundo lugar, el señuelo de la neutralidad y la indiferencia política provienen de la separación entre la economía y la política realizada por la ideología burguesa, en la medida que el sindicato se limita a una organización de masas puramente sobre el terreno económico, como si esto no tuviera implicaciones políticas. De ahí el alcance dispar entre la lucha económica mediatizada por la moderación salarial, característica de la colaboración de clases, y la lucha salarial planteada en términos frontales de lucha de clases.

“Este periodo de neutralismo -señalará el Cuarto Congreso- ha sido favorecido por el argumento de que los sindicatos obreros deben interesarse únicamente por las cuestiones económicas, sin mezclarse en la política. La burguesía siempre tiende a separar la política de la economía, comprendiendo perfectamente que, si logra insertar a la clase obrera en el marco corporativo, ningún peligro serio amenazará su hegemonía”.

De la separación entre economía y política participan las corrientes anarquistas del movimiento obrero. Los anarcosindicalistas sostienen que toda política es mala, propiciada por el hecho de que la política burguesa va contra los trabajadores, y de lo que deducen que el movimiento obrero debe apartarse de la política y de los partidos políticos revolucionarios. De esta manera, el apoliticismo anarcosindicalista se presenta bajo la teoría de la “autonomía

sindical” respecto a los partidos en general y al partido comunista en particular. Esta teoría de la autonomía, defendida por los sindicalistas franceses, italianos y españoles fue interpretada por el Cuarto Congreso como un “grito de guerra del anarquismo contra el comunismo” al que debían oponerse activamente los comunistas, llevando “en el interior de los sindicatos una campaña decisiva contra esta maniobra de querer pasar de contrabando, bajo el pabellón de la autonomía, el camelo anarquista”.

Un combate tanto más necesario, cuando -para la IC- el anarcosindicalismo era una especie de partido que confundía sindicato y sindicalismo. “Los anarco-sindicalistas confunden sindicatos y sindicalismo al hacer pasar su partido anarco-sindicalista por la única organización realmente revolucionaria y capaz de llevar a cabo la acción de clase del proletariado”.

3.2. El papel de los sindicatos antes y después de la toma del poder

Los sindicatos eran concebidos, como “una organización masiva del proletariado, que tiende cada vez a agrupar sin excepción a todos los obreros de cada una de las ramas de la industria y a hacer entrar en sus filas no sólo a los comunistas conscientes, sino también a categorías intermedias y aún a aquellos más retrasados que aprenden sólo poco a poco y por experiencia, el comunismo”. En cuanto a la relación con el partido comunista, el sindicato, se dirá, “juegan hasta cierto punto el rol de la circunferencia con relación al centro”.

El papel de los sindicatos antes, durante y después de la toma del poder político por la clase obrera y sus aliados, quedaba estipulado del modo siguiente:

“ Antes de la conquista del poder, los sindicatos verdaderamente proletarios, organizan a los obreros principalmente sobre el terreno económico, para la conquista de posibles mejoras, para el derrumbe completo del capitalismo, pero ponen en el primer plano de toda su actividad la organización de la lucha de las masas, proletarias contra el capitalismo y en pro de la revolución proletaria.

“ Durante la revolución proletaria, los sindicatos decididamente revolucionarios estrechan sus manos con el partido, organizan a las masas para hacer el asalto de las fortalezas del capital y se encargan del primer trabajo de organización de la producción socialista.

“ Después de la conquista y de la afirmación del poder proletario, la acción de los sindicatos se transporta sobre todo a la organización económica y se consagran con la casi totalidad de sus fuerzas a la construcción del edificio económico sobre las bases socialistas, transformándose así en una verdadera escuela práctica del comunismo”.

A todo esto no hay que olvidar que el papel de los sindicatos en la edificación del socialismo había sido objeto de una dura controversia en la Rusia Soviética, especialmente notable en la coyuntura del paso del comunismo de guerra a la NEP, de la que dará cuenta el X Congreso del Partido Comunista ruso (marzo de 1921). En las discusiones previas a este Congreso, Lenin se había opuesto a los enfoques de Trotski, partidario de la militarización y de la estatización de los sindicatos.”¹⁰. Con motivo de esta controversia, Lenin había señalado (diciembre de 1920) la pertinencia de la crítica y el descontento con las siguientes palabras: “Nuestro Estado es tal en la actualidad que el proletariado totalmente organizado debe defenderse y debemos utilizar estas organizaciones para defender a los obreros contra su Estado, y para que los obreros defiendan nuestro Estado ” (*Los Sindicatos, la Situación actual y los Errores de Trotski*). De rechazo a la “estatización de los sindicatos” de Trotski, la tendencia representada por la Oposición Obrera tiene puntos

¹⁰ Trotski afirma que es necesario seguir aplicando las medidas adoptadas durante la guerra civil, e incluso amplificarlas, aunque hayan sido medidas de excepción. Defiende también el punto de vista de que el Estado soviético debe poder apartar de sus funciones, con una simple decisión tomada por arriba, a los que no comparten las concepciones de la mayoría del Comité Central sobre los problemas de la disciplina y de los salarios. Se pronuncia, en consecuencia, por una “estatización de los sindicatos”, destinada a hacer de éstos un instrumento del acrecentamiento de la producción y de la productividad del trabajo. Y pide, por ello, que se reafirme -incluso en las nuevas condiciones de finales de 1920- el derecho de reemplazar por otros a los dirigentes sindicales que no acepten como papel de los sindicatos el de servir a la producción”. Ver Charles Bettelheim, *Las luchas de clases en la URSS. Primer Periodo (1917-1923)*. Siglo XXI, 1976, p.358.

de contactos con la posición de Lenin, no obstante polarizarse hacia la llamada “sindicalización del Estado”, al pretender un cambio en la línea del partido, en la dirección de confiar la gestión de la industria a las organizaciones sindicales, además de reclamar una política de salarios mucho más igualitaria. Lenin considera de interés algunos de los puntos de la Oposición Obrera, a la par que un reflejo de una concepción obrerista o sindicalista-economista, que no tenía en cuenta el papel dirigente del partido ni las necesidades de consolidación del Estado soviético, cuando éstas pasan perentoriamente por la alianza con el campesinado. Todo lo cual se pondrá dramáticamente de manifiesto al coincidir el X Congreso del PCUS con la sublevación de Kronstadt dirigida contra el poder bolchevique.

3.3. La estrategia de unidad frente a la escisión y la exclusión

El cuarto Congreso de la IC insistirá en la unidad sindical, teniendo por delante la persecución y exclusiones de los comunistas en los sindicatos reformistas, y con la que se trataba de provocar la escisión de los sindicatos. “La escisión del movimiento sindical, sobre todo en las condiciones actuales, constituye el más grande de los peligros para el movimiento obrero en su conjunto. La escisión en los sindicatos haría retroceder muchos años a la clase obrera, ya que entonces la burguesía podría cercenar fácilmente las conquistas más elementales de los obreros. Cueste lo que cueste, los comunistas deben impedir la escisión sindical. Por todos los medios, por todas las fuerzas de su organización, deben obstaculizar la criminal ligereza con que los reformistas rompen la unidad sindical”¹¹.

En los países en los que había dos centrales sindicales -caso de España- se recomendará la fusión, mediante un trabajo activo de los comunistas en los dos sindicatos. “El deber de los comunistas- había señalado el III Congreso- es explicar a todo el proletariado que la solución no consiste en salir de los viejos sindicatos

¹¹ Tesis 22 de las Tesis sobre la acción comunista en el movimiento sindical, **Los cuatro primeros congresos de la Internacional**, Tomo II, p.247.

para crear otros nuevos o para dispersarse en puñados de hombres desorganizados, sino que lo que se debe hacer es revolucionar los sindicatos y aplastar el espíritu reformista y la traición de los líderes oportunistas para hacer de los sindicatos un arma activa del proletariado revolucionario”¹².

En su Resolución sobre España, el IV Congreso recomienda llevar a cabo “una campaña intensa y metódica en todas las organizaciones sindicales por la unidad”, mediante “una red de núcleos comunistas en todos los sindicatos pertenecientes a CNT y UGT y en todos los sindicatos autónomos”. Los comunistas debían combatir los planteamientos maximalistas de retirada de los sindicatos reformistas ante las exclusiones, con la que los reformistas trataban de provocar mayores escisiones. Por ello la solidaridad con los excluidos de UGT pasaba por no salirse de los sindicatos socialistas, y propugnar desde dentro la reintegración de los excluidos. En caso de no prosperar este esfuerzo, los comunistas españoles tendrían que adherirse a la CNT para desde allí desarrollar la actividad de sus núcleos y la colaboración de los sindicatos partidarios de la Internacional Sindical Roja, bajo la dirección de la Comisión Sindical del Partido Comunista de España. En este sentido el objetivo inmediato era la creación de un “Comité Mixto para la unidad del movimiento sindical español, que será a la vez un centro de propaganda y un centro de agrupación para los sindicatos autónomos que se adhieran al principio de unidad...”.

La lucha contra la exclusión de los comunistas era concebida, en términos generales, como una lucha por la unidad del movimiento sindical. En razón de ello se consideraba que la exclusión: 1º) pretendía “desorganizar el movimiento revolucionario, aislando a los dirigentes de las masas obreras”; 2º) que debía ser objeto de una fuerte resistencia, “para no dejarse estrangular sin decir una palabra”; y 3º) que los excluidos no debían quedar aislados ni dispersarse, debiendo organizarse “en sindicatos de excluidos poniendo en el centro de su trabajo político un programa

¹² Idem, La Internacional Comunista y la Internacional Sindical Roja, p.132.

concreto y la exigencia de su reincorporación”.

3.4. El programa de acción de la Internacional Sindical Roja

El programa de acción establecido por el III Congreso estaba enfocado a combatir la crisis capitalista, que permitiese a las organizaciones obreras rechazar las agresiones del capital y pasar a la ofensiva.

A) Aspectos de táctica y unidad sindical

La primera directiva -para los sindicatos obreros- es por consiguiente la de adoptar una lucha activa de masas, sin la cual no hay posibilidad de recomposición y menos de pasar a la ofensiva. En segundo lugar, dejaba sentado que: “La acción directa de las masas revolucionarias y de sus organizaciones contra el capital constituye la base de la táctica sindical”. En tercer lugar, la consigna de unidad sindical se resumía en: “Una empresa, un sindicato”. Cuestión a llevar a cabo desde abajo arriba, desde el debate en las fábricas y empresas, a las conferencias locales y regionales y a los congresos nacionales. En cuarto lugar, se trataba de difundir la iniciativa de elección de comités de fábricas por todos los obreros de la empresa al margen de su filiación sindical y su ideología política.

B) Frente al cierre de empresas

En la esfera reivindicativa, se proponían tres iniciativas frente a los cierres de empresa: 1) El sostenimiento económico de los obreros despedidos por los capitalistas dueños de la empresa. “El patrón debe pagarle al obrero parado el salario completo”.

2) La elección por los obreros de comisiones de control contra el cierre de las empresas, con el objeto de investigar los motivos de cierre, las relaciones financieras de la empresa, y propugnar la supresión del secreto comercial. Sin ignorar que en buena parte el cierre de las empresas es una forma de eliminar a los obreros combativos.

3) Frente al creciente cierre de empresas -con las que asimismo se trata de disminuir los salarios y empeorar las condiciones de trabajo- se defenderá la ocupación

de las fábricas y el mantenimiento de la producción. “La gestión de la empresa embargada debe ser puesta en manos del comité de la fábrica y del representante designado especialmente por el sindicato”.

C) Lucha económica y mejora de las condiciones de trabajo

El enfoque de la lucha por los aumentos salariales y la mejora de las condiciones de trabajo partía de la necesaria recuperación fisiológica de la fuerza de trabajo, tras el agotamiento provocado por el periodo bélico. La meta no era volver al nivel de condiciones de vida y de trabajo anterior a la guerra, sino a un nivel superior.

Para alcanzar la meta era indispensable no limitarse a una lucha atomizada o por separado, puesto que lo más seguro era recoger golpes y derrotas. El lema era “no dejarse golpear por separado”, propiciando la generalización de las convocatorias de lucha a los centros neurálgicos del tejido productivo a escala regional y nacional, asociado en algunos casos al sector público empresarial. “Desde el principio -se dirá- es necesario llevar a la lucha a los obreros de los establecimientos de utilidad pública (mineros, ferroviarios, electricistas, obreros del gas, etc.) para que la lucha contra la ofensiva capitalista toque desde el comienzo los centros nerviosos del organismo económico”.

La dimensión internacional de la acción sindical era asimismo de suma importancia: “Los sindicatos deben proponerse como tarea práctica diaria la preparación y la organización de acciones internacionales por industrias. El paro de los transportes o de la extracción de hulla, realizado a nivel internacional, es un móvil pujante en la lucha contra las tentativas reaccionarias de la burguesía en todos los países”.

En este periodo, se asiste además a la implantación de los convenios colectivos, entendidos como instrumentos de pacificación laboral, desde la perspectiva del reformismo sindical. Frente a ello, los comunistas están obligados a refutar la concepción oportunista de los contratos colectivos, como valor absoluto, defendiendo en su lugar la concepción del convenio colectivo como valor relativo, como solución

de compromiso o de armisticio de la lucha de clases. Y en razón de lo cual, “deben siempre buscar el método para destruirlos si esto le es útil a la clase obrera”.

D) El enfoque de la huelga

Con el fin de procurar que las huelgas fuesen ejemplares y victoriosas era necesario que organizarlas bien. La dureza y eficacia de la lucha conforme a un plan significa que desde el comienzo los obreros formen destacamentos o grupos especiales destinados a combatir a los rompe-huelgas y a los provocadores de tipo fascista, lo cual se considera “una cuestión de vida o muerte para la clase obrera”.

Estas organizaciones de combate han de impedir, además, la salida y entrada de mercancías en las empresas en huelga; un objetivo, en el que los sindicatos de obreros del transporte está llamados a cumplir un papel muy importante.

E) Por el control obrero

La lucha económica, la oposición a las comisiones paritarias de patronos y obreros, al señuelo de la participación en los beneficios, así como todas las medidas gubernamentales en provecho de los capitalistas, debían redundar en la consigna central del control obrero sobre la producción. “Toda la lucha económica de la clase obrera en este próximo periodo debe concentrarse en la consigna del control sobre la producción... Es necesario combatir todas las tentativas de las clases dominantes y de los reformistas para crear comisiones paritarias y debe realizarse un estricto control sobre la producción. ...Los sindicatos revolucionarios deben combatir resueltamente el chantaje y la estafa ejercidos en nombre de la socialización por los viejos jefes de los sindicatos...”

La participación obrera en los beneficios de la empresa, “es decir, la restitución a los obreros de una pequeña porción de la plusvalía creada por ellos”, era considerada una medida pequeño-burguesa de “perversión obrera”, y por ello había de ser objeto de una crítica implacable, oponiéndole la consigna : “¡Nada de participación en los beneficios, la destrucción de los beneficios capitalistas!”.

Otras medidas gubernamentales a combatir eran: a) la militarización de fábricas o ramas enteras de la industria; b) las formas de arbitraje y conciliación obligatorias, y los impuestos retenidos del salario del obrero por el patrón con el fin de “hacer recaer sobre los obreros el peso de las cargas de la guerra”.

F) La unidad de acción de partido y sindicato obrero

Al partir del supuesto de que la lucha reivindicativa bajo el denominador común del control obrero, llevaría al desbordamiento del marco capitalista, a la par que haría sentir la necesidad de la revolución social para ser satisfecha. Y a lo cual contribuiría la generalización de las luchas y la elevación de la conciencia de las masas obreras. Reafirmando el aserto de que la lucha económica llevada por el conjunto de la clase es una lucha política. Lo que, en definitiva, daría pie a la exigencia de la unidad de acción entre sindicatos obreros y partidos comunistas en cada país, en cuanto condición previa y necesaria para el triunfo.

4. La unidad del frente proletario

Las tesis sobre la unidad del frente proletario, derivadas de la consigna “A las masas”, fueron adoptadas tras el III Congreso, por el Comité Ejecutivo de la IC en diciembre de 1921 y asumidas por el IV Congreso. Estas tesis comprendían la unidad de los partidos comunistas con los partidos y sindicatos socialdemócratas, y con los obreros anarquistas y sindicalistas, con vistas a formar “un bloque poderoso contra el cual se rompería la ofensiva patronal”. Las tesis del frente único proletario aparecen ligadas a la necesidad de repeler la contraofensiva burguesa, así como los cambios operados por ésta en el estado de ánimo y de conciencia de las masas. Se configura por tanto en torno a los siguientes factores de movilización:

1) la situación de crisis económica internacional existente desde 1920 y el objetivo capitalista de reducir los salarios y envilecer las condiciones de existencia de los obreros, así como el estallido inminente de guerras imperialistas, “si el proletaria-

do no alcanza a destruir el régimen burgués”.

2) el ocaso de las ilusiones reformistas entre las grandes masas obreras;

3) la tendencia a la unidad y a la confianza en los comunistas, con la que las masas “esperan aumentar así su resistencia frente al avance capitalista”;

4) el interés en la unidad de los partidos obreros con el fin de aumentar la “capacidad de resistencia frente al avance capitalista”;

5) la unidad propuesta en el terreno de la acción práctica, se sitúa sobre la base de la libertad de propaganda conquistada por aquellos, “con el fin de hacer conocer a las masas la traición infame que cometieron y siguen cometiendo”;

6) lejos de dejar en segundo lugar la denuncia del reformismo, éste sigue asociado a la traición, por lo cual su desenmascaramiento, se dirá “es uno de los deberes más importantes de los partidos comunistas en este momento”;

7) la unidad del frente obrero es puesta en primer plano por los reformistas, ante los peligros de la coyuntura económica y las alarmas de nueva guerra imperialista, pero los comunistas no deben ignorar que “la solidaridad de los socialistas reformistas con sus burguesías respectivas constituye la piedra angular del reformismo”;

8) la plasmación de la consigna “¡A las masas!” del Tercer Congreso es la consigna de la unidad del frente proletario, pero bajo ningún pretexto las secciones de la IC pueden renunciar a la propaganda de sus ideas y la crítica de los adversarios del comunismo. “Preconizando la unidad de todas las organizaciones obreras en cada acción práctica contra el frente capitalista, los comunistas no pueden renunciar a la propaganda de sus puntos de vista, los que constituyen la expresión lógica de los intereses del conjunto de la clase obrera”.

4. 2. La consigna de gobierno obrero

La consigna de gobierno obrero fue planteada por el IV Congreso, como una consecuencia de la táctica de frente único proletario. El IV Congreso se reclamó de la orientación fundamental del III Congreso, en el sentido indicado de “conquistar

una influencia comunista en la mayoría de la clase obrera y llevar al combate la parte decisiva de esta clase”, a la par que veía más cercana la posibilidad de que “en el equilibrio inestable actual de la sociedad burguesa, la crisis más grave pueda súbitamente desencadenarse como consecuencia de una gran huelga, de una sublevación colonial, de una nueva guerra o aún de una crisis parlamentaria”.

En este enfoque de la relación de fuerzas, el gobierno obrero era una consigna política de propaganda general, susceptible de ser viable en aquellos países “donde la situación de la sociedad burguesa es particularmente poco segura, donde la relación de fuerzas entre partidos obreros y la burguesía plantea la solución del problema del gobierno obrero como una necesidad política candente”. En esos países, frente a la coalición de la burguesía con la socialdemocracia, se propone la coalición de los partidos obreros, como la forma de reforzar la lucha antiburguesa de la clase obrera.

“El programa más elemental de un gobierno obrero debe consistir en armar al proletariado, en desarmar a las organizaciones burguesas contrarrevolucionarias, en instaurar el control de la producción, en hacer caer sobre los ricos el principal peso de los impuestos y en destruir la resistencia de la burguesía contrarrevolucionaria”.

La coalición encaminada al gobierno obrero podría resultar de una combinación parlamentaria, no obstante “el nacimiento de un gobierno verdaderamente obrero y el mantenimiento de un gobierno que desarrolle una política revolucionaria debe llevar a la lucha más encarnizada y eventualmente a la guerra civil contra la burguesía. Sólo la tentativa del proletariado de formar un gobierno obrero se enfrentará desde el principio con la más violenta resistencia de la burguesía”.

La participación de los comunistas en gobiernos obreros estaría sujeta a cuatro condiciones principales: 1) la aprobación de la Internacional; 2) el control del partido sobre los miembros comunistas del gobierno obrero; 3) un contacto estrecho con las organizaciones revolucionarias por parte de los integrantes comunistas del

gobierno obrero, y 4) independencia completa de la organización y agitación por parte del partido comunista en cuestión.

A las ventajas de la consigna de gobierno obrero había que unir los peligros, por lo demás extensivos a las tácticas de frente único, que había que prevenir, dado que no todo gobierno obrero era por definición “un instrumento de poder revolucionario del proletariado”. En este sentido se contemplaban cinco tipos de gobierno obrero, a tenor de su composición de clase: 1) el gobierno obrero liberal, como el existente en Australia; 2) el gobierno socialdemócrata, existente en Alemania; 3) el gobierno de obreros y campesinos, susceptible de formarse en los Balcanes; 4) el gobierno obrero con la participación de los comunistas, y 5) el gobierno obrero proletario en su forma pura, dirigido tan sólo por el Partido Comunista.

Tanto el gobierno obrero liberal como el gobierno socialdemócrata eran considerados “gobiernos camuflados de coalición entre la burguesía y los líderes obreros contrarrevolucionarios, en los que los comunistas no debían participar, sino desmascarar”. Por otro lado, se admitía que los comunistas, bajo ciertas condiciones y garantías apoyasen un gobierno no comunista, como los apuntados en tercero y cuarto lugar, a la par que estaban obligados a “explicar a la clase obrera que su liberación no podrá ser asegurada más que por la dictadura del proletariado”. En ese sentido esos gobiernos apoyados por los comunistas podían considerarse un punto de partida para la dictadura del proletariado, considerada como “un gobierno obrero compuesto de comunistas”.

5. La lucha de los países coloniales y semicoloniales

El Cuarto Congreso retomó el análisis de la “cuestión de oriente” iniciado dos años atrás por el II Congreso, como exponente de la intensificación de la lucha contra las potencias imperialistas y el protagonismo del movimiento obrero dirigido por los comunistas, en los países coloniales y semicoloniales, encabezados por India, China, Irán, Egipto, Turquía, Kurdistán y Mesopotamia. En estos países, el movimiento de liberación tenía una fisonomía nacional-

revolucionaria, cuyas tareas objetivas “superan el marco de la democracia burguesa”, en la medida que “su victoria decisiva es incompatible con la dominación del imperialismo mundial”. Un movimiento que estaba a caballo entre la tendencia al desarrollo burgués de la burguesía indígena, por un lado, y la lucha del naciente movimiento obrero revolucionario y sus aliados, por otro. Esto hace que las condiciones de la revolución colonial presenten unos rasgos característicos, y ante el cual las tareas de la IC sean: 1) crear un núcleo del Partido Comunista destinado a defender los intereses generales del proletariado, y 2) apoyar resueltamente el movimiento nacional revolucionario dirigido contra el imperialismo, convirtiéndose en su vanguardia.

5.1. Liberación nacional y revolución agraria

“La reivindicación de una autonomía nacional y económica levantada por el movimiento nacionalista colonial es la expresión de la necesidad de un desarrollo burgués sentido por esos países”.

Al tiempo que se constata el hecho de que “las clases dirigentes de esos países coloniales y semicoloniales ni tienen la capacidad ni el deseo de dirigir la lucha contra el imperialismo, a medida que esta lucha se transforma en un movimiento revolucionario de masas”. En cuanto a la ideología que alimenta el nacionalismo, está claro que en los países musulmanes “el movimiento encuentra al principio su ideología en las consignas político-religiosas del panislamismo, lo que permite a los funcionarios y a los diplomáticos de las metrópolis utilizar los prejuicios y la ignorancia de las multitudes populares...” para jugar al panislamismo y el panarabismo.

Tampoco se pierde de vista en la caracterización de este movimiento nacional-revolucionario, el que las potencias imperialistas aprovechen los lazos existentes entre la burguesía indígena y los elementos feudales de clanes y tribus, con su antagonismo entre castas y sectas religiosas y la hostilidad entre el campo y la ciudad, con el fin de desorganizar el movimiento popular.

La gran mayoría de los países coloniales y semicoloniales son abrumadoramente agrarios. “Explotando y arruinando a la mayoría campesina de los países atrasados, el imperialismo les priva de los medios de vida elementales, mientras que la industria poco desarrollada, dispersa en diferentes lugares del país, es incapaz de absorber el excedente de población rural, que además no puede ni siquiera emigrar. Los campesinos pobres que permanecen en su tierra se transforman en siervos. Si en los países civilizados las crisis industriales de pre-guerra cumplían el rol de reguladores de la producción social, en las colonias ese rol regulador lo cumplen las hambrunas”.

Se proponía, por tanto, que la lucha por la liberación nacional se uniera a la revolución agraria, con el objetivo de la expropiación de la gran propiedad feudal de la tierra y la exención del impuesto sobre la tierra, lo que llevaría aparejado la movilización de las grandes masas campesinas. La oposición de la burguesía indígena a ese planteamiento de revolución agraria, era una muestra de la ligazón de aquella con la gran propiedad de la tierra feudal y burguesa. Lo cual debía ser objeto de una crítica sistemática respecto al “carácter híbrido de la política de los dirigentes burgueses del movimiento nacionalista”, con el fin de forzarlos a adoptar la mayor parte del programa agrario revolucionario.

5.2. El joven movimiento obrero comunista de las colonias

El incipiente movimiento obrero de las colonias tenía su perspectiva inmediata de desarrollo en el desarrollo capitalista de esos países, lo cual había de repercutir en la posición de los movimientos nacionalistas, burgueses por definición. “Al comienzo, la burguesía indígena y los intelectuales indígenas asumen el papel de pioneros de los movimientos revolucionarios coloniales; pero desde el momento en que las masas proletarias y campesinas se incorporan a esos movimientos, los elementos de la gran burguesía y de la burguesía terrateniente se apartan, dejando la iniciativa a los intereses sociales de las capas inferiores del pueblo. Una larga lucha que

durará toda una época histórica espera al joven proletariado de las colonias...”

Los jóvenes partidos comunistas tenían la misión de asegurar la alianza del movimiento obrero colonial con los proletarios de los países capitalistas avanzados, “no solamente porque corresponde a los intereses de su lucha común contra el imperialismo, sino también porque será después de haber triunfado cuando el proletariado de los países civilizados podrá suministrar a los obreros de Oriente un socorro desinteresado para el desarrollo de sus fuerzas productivas atrasadas”. Esta alianza era el camino hacia la “federación internacional de repúblicas soviéticas”, tanto más cuando el régimen soviético ruso se proponía a los pueblos atrasados como un ejemplo a seguir, tanto por su tratamiento de las colonias del antiguo imperio ruso, como para acceder “a la alta cultura del Comunismo, el que está destinado a suplantarse en la economía mundial al régimen capitalista de producción y distribución”.

Recíprocamente era una tarea internacionalista de los partidos comunistas metropolitanos el organizar sistemáticamente la ayuda material y moral al movimiento revolucionario obrero de las colonias. “Los partidos comunistas de las metrópolis deben aprovechar todas las ocasiones que se les presenten para denunciar el bandidismo de la política colonial, de sus gobiernos imperialistas, como también la de sus partidos burgueses y reformistas”. En ese sentido estaba terminantemente prohibido la creación en las colonias de organizaciones comunistas europeas aisladas o hacerlo por nacionalidades separadas, “en contradicción con los principios del internacionalismo proletario”.

5.3. El Frente Único Antiimperialista

En paralelo a la consigna de Frente Único Proletario, en los países de capitalismo avanzado, se lanza la consigna de Frente Único Antiimperialista en los países coloniales, de manera que si la primera estaba basada en la “acumulación organizada de fuerzas”, la segunda estaba situada en “la perspectiva de una lucha a largo plazo contra el imperialismo mundial”. El frente antiimperialista venía determinado

además por la necesidad de combatir la inclinación de las clases dirigentes indígenas a comprometerse con el capital extranjero en perjuicio de los intereses de las grandes masas populares.

El paralelismo entre ambas consignas atendía asimismo a la necesidad de no renunciar a la lucha ideológica en su seno, en términos de desenmascaramiento. En el caso del frente único proletario, en los países occidentales, se trataba de desenmascarar la traición socialdemócrata, mientras que con el frente antiimperialista en Oriente, se trataba de “desenmascarar las dudas e incertidumbres de los diversos grupos del nacionalismo burgués” y combatir las supervivencias del feudalismo. Una condición indispensable para formar el frente antiimperialista, en los países coloniales y semicoloniales, radicaba en que el movimiento obrero adquiriera una posición revolucionaria autónoma en dicho frente común. “Solamente si se le reconoce esta importante autonomía y si conserva su plena independencia política son admisibles e inclusive indispensables acuerdos temporales con la democracia burguesa”.

La alianza estratégica estrecha con el proletariado internacional y la Rusia Soviética eran ejes fundamentales en la articulación del frente antiimperialista, reafirmandose la primacía de la revolución obrera en los países occidentales respecto al curso de la revolución colonial. Si bien ese esquema se matiza a la vista de la importancia concedida a la “cuestión de oriente” por el IV Congreso, en cuanto alternativa a la lentitud o aplazamiento de la revolución en los países europeos.

6. La defensa de la Rusia Soviética y de la revolución mundial

El informe pronunciado por Lenin el 13 de noviembre de 1922, ante el IV Congreso de la Internacional, “Cinco años de la revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial”, consistió en un balance de la Nueva Política Económica (NEP). En este sentido se refirió al capitalismo de Estado, contrastando el paso adelante que significaba a la vista del atraso económico de Rusia. Los elementos que componían el régimen económico de la Repú-

blica Soviética, enumerados por Lenin eran: “1) la forma patriarcal de agricultura, es decir, la más primitiva; 2) la pequeña producción mercantil (en ella se incluyen los campesinos que venden cereales); 3) el capitalismo privado; 4) el capitalismo de Estado, y 5) el socialismo”.

Más adelante Lenin incidía en la respuesta que había supuesto la NEP de cara a restablecer la alianza con el campesinado tras la “gran crisis política interna” manifestada por la sublevación de los campesinos en 1921. “Esta crisis interna puso al desnudo -señalaba Lenin- el descontento no sólo de una parte considerable de los campesinos, sino también de los obreros. Fue la primera vez, y confío en que será la última en la historia de la Rusia Soviética, que grandes masas de campesinos estaban contra nosotros, no de modo consciente, sino instintivo, por su estado de ánimo. ¿A qué se debía esta situación tan original y, claro es, tan desagradable para nosotros? La causa consistía en que habíamos avanzado demasiado en nuestra ofensiva económica, en que no nos habíamos asegurado una base suficiente, en que las masas sentían lo que nosotros aún no supimos entonces formular de manera consciente, pero que muy pronto, unas semanas después, reconocimos: que el paso directo a formas puramente socialistas, a la distribución puramente socialista, era superior a las fuerzas que teníamos y que si no estábamos en condiciones de replegarnos, para limitarnos a tareas más fáciles, nos amenazaría la bancarrota...”¹³.

Al año de la aplicación de la NEP y de haberle concedido a los campesinos la libertad de comerciar, el hambre había sido vencida, el impuesto en especie había sido abonado sin apenas coacción estatal y los levantamientos campesinos que Lenin reconocía ser antes de 1921 “un fenómeno general en Rusia” habían desaparecido por completo. “Los campesinos pueden sentir descontento por uno u otro aspecto de la labor de nuestro poder, y pueden quejarse de ello. Esto, naturalmente, es posible e inevitable, ya que nuestra administración y nuestra eco-

¹³ V.I. LENIN: *Cinco años de la revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial*, O.C. Tomo 45, pp. 296-299.

nomía estatal son aún demasiado malas para poderlo evitar; pero, en todo caso, está excluido por completo cualquier descontento serio del campesinado en su totalidad contra nosotros. Lo hemos logrado en un solo año. Y opino que ya es mucho”¹⁴.

En cuanto al ejercicio del poder político, el informe admitía los errores, Lenin reconocía que habían hecho y harían “muchísimas tonterías”. A su juicio éstas obedecían a los factores siguientes: “primero, porque somos un país atrasado; segundo, porque la instrucción en nuestro país es mínima; tercero, porque no recibimos ayuda de fuera. Ni uno solo de los países civilizados nos ayuda. Por el contrario todos obran en contra nuestra. Y cuarto, por culpa de nuestra administración pública. Hemos heredado la vieja administración pública, y ésta ha sido nuestra desgracia”.

Respecto al capítulo de la revolución mundial Lenin se limitó significativamente a dos cuestiones: a plantear la crítica de las Tesis sobre la estructura, los métodos y la acción de los Partidos Comunistas, del III Congreso en el que sí había participado activamente, calificando la resolución de “magnífica, pero rusa hasta la médula”, lo que sugería la necesidad de corregirla. “Tengo la impresión de que nosotros mismos hemos cometido un gran error con esta resolución, es decir, que nosotros mismos hemos levantado una barrera en el camino de nuestro éxito futuro. Como ya he dicho, la resolución está excelentemente redactada, y yo suscribo todos sus cincuenta o más puntos. Pero no hemos comprendido cómo se debe llevar nuestra experiencia rusa a los extranjeros. Todo lo que expone la resolución ha quedado en letra muerta. Y si no comprendemos esto, no podremos seguir nuestro avance”.

Acto seguido, Lenin pondría el acento en lo que posiblemente fuese lo más llamativo del texto, al señalar la necesidad de

¹⁴ Idem, o.c. p.302. En su carta a la colonia rusa de Norteamérica, al comunicarles el éxito de la NEP, Lenin recalca: “El capitalismo de Estado, uno de los elementos principales de la nueva política económica, es, en las condiciones del Poder soviético, un capitalismo conscientemente admitido y limitado por la clase obrera. Nuestro capitalismo de Estado difiere en forma muy esencial del capitalismo de Estado en los países que tienen gobiernos burgueses, precisamente porque nuestro Estado no está representado por la burguesía, sino por el proletariado, que ha logrado conquistar la plena confianza del campesinado”. Ver Tomo 45, p.312.

aprender y estudiar. “Considero que lo más importante para todos nosotros, es que después de cinco años de la revolución rusa, debemos aprender. Sólo ahora hemos obtenido la posibilidad de aprender. Ignoro cuánto durará esta posibilidad. No sé durante cuánto tiempo nos concederán las potencias capitalistas la posibilidad de aprender tranquilamente. Pero debemos aprovechar cada minuto libre de las ocupaciones militares, de la guerra, para aprender, comenzando, además, por el principio”. Y agregaba: “Estoy convencido de que, en este sentido, debemos decir no sólo a los camaradas rusos, sino también a los extranjeros, que lo más importante del periodo en que estamos entrando es estudiar. Nosotros estudiamos en sentido general. En cambio, los estudios de ellos deben tener un carácter especial para que lleguen a comprender realmente la organización, la estructura, el método y el contenido de la labor revolucionaria. Si se logra esto, las perspectivas de la revolución mundial, estoy convencido de ello, serán no solamente buenas, sino incluso magníficas”¹⁵.

La crítica de Lenin sobre el exceso de “espíritu ruso” en la morfología y funcionamiento de los partidos comunistas parecía temerse lo peor. El aplazamiento de la revolución en Europa, condujo a que la epopeya de la revolución rusa en cuanto “primer bastión de la revolución mundial” tendiese a agigantarse y con el tiempo a ser objeto de mitificación. La Resolución sobre la revolución rusa del Cuarto Congreso de la IC, expresó “al pueblo trabajador de Rusia Soviética su agradecimiento más profundo y su admiración sin límites, no solamente por haber conquistado el poder por medio de la lucha revolucionaria y establecido la dictadura del proletariado, sino también por haber sabido defender victoriosamente hasta hoy contra todos los enemigos interiores y exteriores las conquistas de la revolución”.

El IV Congreso resumía en apretada síntesis las conquistas de la revolución, sin dejar de constatar que parte de las dificultades económicas de Rusia, como las que habían originado la implantación de la NEP, se debían en parte a “la lentitud del

¹⁵ Idem, Cinco Años depp. 306-310.

desarrollo de la revolución mundial y del estado de aislamiento de la República de los Soviets en medio de los Estados capitalistas”. En este sentido, subyacía el temor a que la situación en solitario del Estado soviético no pudiera prolongarse durante mucho tiempo, en razón de lo imposible que parecía el que las potencias imperialistas no se lanzaran de nuevo a la guerra contra la Rusia Soviética, y la propia creencia en la inviabilidad del socialismo en un sólo país. A esta problemática responde sin duda la tajante posición que se acuerda y proclama: “El Cuarto Congreso Mundial recuerda a los trabajadores de todos los países que la revolución proletaria no podrá vencer jamás en el interior de un solo país, sino dentro del marco internacional, como revolución proletaria mundial”.

Entre tanto, se considera que todo cuanto se haga por reforzar el poder y el prestigio de la Rusia Soviética era una forma clara y visible de debilitar a la burguesía mundial. Seguir el ejemplo de la Rusia Soviética era el camino seguro para dar al capitalismo el golpe mortal. Las consignas de apoyo y defensa de la revolución de Octubre eran :”¡No tocar a la Rusia Soviética!”, “¡Reconocimiento de la República Soviética!” y “¡Asistencia vigorosa de toda la clase para la reconstrucción económica de Rusia Soviética!”.

La “Resolución sobre la ayuda proletaria a la Rusia Soviética” insistirá en el interés objetivo que tiene el proletariado internacional respecto al mantenimiento y consolidación de la Rusia Soviética, así como la enorme solidaridad internacional despertada por la revolución de Octubre y las enormes dificultades económicas por las que atraviesa. “Gracias al apoyo otorgado por la acción de socorro proletario -dirá el Cuarto Congreso- , acción que ha resultado la más potente y durable de los actos de solidaridad internacionales desde que existe el movimiento obrero, la Rusia Soviética ha podido atravesar los días más sombríos del hambre y derrotar este flagelo”. Precisamente, para aliviar el hambre que se abatía sobre Rusia fue creado el Socorro Obrero Internacional, a partir de una organización fundada en Berlín en

1921¹⁶, si bien hasta 1923 no recibiría formalmente ese nombre. En tanto que el Socorro Rojo Internacional estaba enfocado a la ayuda a los revolucionarios y partió de una iniciativa polaca, el llamamiento en favor de las víctimas del terror burgués en Polonia (agosto de 1922), siendo adoptado como organización permanente meses después por el Cuarto Congreso.

Ante el bloqueo económico y la guerra económica de las potencias capitalistas contra la Rusia Soviética, la línea de conducta a seguir por el proletariado internacional consistía en los siguientes puntos: 1) sostener a Rusia en todos los conflictos con los imperialistas; 2) “ejercer una fuerte presión sobre sus respectivos gobiernos para obligarles a reconocer al gobierno soviético y proceder al restablecimiento de relaciones comerciales con Rusia”; 3) “movilizar el máximo de recursos económicos para sostener a Rusia Soviética”; y 4) “la participación de grupos, partidos, sindicatos, cooperativas y asociaciones obreras en el empréstito obrero en favor de la Rusia Soviética”.

CONCLUSIONES

A) La teoría del imperialismo elaborada por Lenin, hemos visto cómo éste concebía el imperialismo como una fase particular y última del capitalismo”, ya evidente en su texto de 1916: “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, a diferencia de aquellas otras teorías en las que capitalismo e imperialismo son indistinguibles

¹⁶ Según E.H. Carr, o.c. pág.416-17, esta organización se llamó originalmente Sociedad Internacional de Ayuda Obrera (MRP): “Su función inicial fue la de servir de contrapeso izquierdista a la generosa ayuda suministrada a la Rusia soviética por la Asociación de Socorro Americana (ARA) y otras organizaciones burguesas para aliviar los horrores del hambre. Los obreros alemanes se comprometieron a trabajar horas extras y a destinar su excedente de producción de maquinaria o de bienes de consumo para la Rusia soviética; más adelante se hicieron colectas de dinero para los obreros rusos y se emitió un empréstito; y la MRP empezó a distribuir literatura popular y propaganda a favor de la Rusia soviética. (..) a finales de enero de 1922 se había reunido un total de doscientos millones de marcos donados por obreros o partidos comunistas de Alemania, Suiza y Holanda, y los centros de socorro del MRP distribuidos por el territorio ruso habían atendido a 70.000 rusos hambrientos. Se había prestado ayuda indirecta colaborando en la reconstrucción económica general mediante la aportación de maquinaria, herramientas y obreros extranjeros. (..) Más tarde se pusieron en funcionamiento estaciones de tractores...En otoño de 1921 nació en los Estados Unidos una sociedad denominada Los amigos de la Rusia Soviética, destinada a ayudar a la población azotada por el hambre...”

bles, y en razón de lo cual el imperialismo no sería una fase particular, sino una “fase permanente” del capitalismo¹⁷.

A tal efecto, expusimos los cinco rasgos económicos fundamentales del imperialismo, dada por Lenin: “1) la concentración de la producción y del capital llegada hasta un grado tan elevado de desarrollo que ha creado los monopolios, los cuales desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación sobre la base de este capital financiero de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías adquiere una importancia particularmente grande; 4) la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo, y 5) la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes”¹⁸.

A esta definición de carácter económico, se agregaba el análisis del “lugar histórico de esta fase del capitalismo”, en radical oposición al concepto de imperialismo planteado por el teórico socialdemócrata alemán Karl Kautsky. Éste ponía el acento en la tendencia a la conquista y la anexión, como exponente de la política imperialista, ya que Kautsky negaba que el imperialismo fuese una fase particular del capitalismo¹⁹. Y no obstante ser Kautsky el autor de la teoría del “ultraimperialismo”, según la cual “la unión de los imperialismos de todo el mundo, y no la lucha entre ellos, la fase de la cesación de las guerras bajo el capitalismo, la fase de la “explotación general del mundo por el capital financiero unido internacionalmen-

¹⁷ Samir Amin: El capitalismo senil, en la revista El viejo Topo n° 173, pág.54, en el que este autor afirma: “El capitalismo no es solamente un modo de producción, es un sistema mundial basado en la dominación general de este modo de producción.

Esta vocación de conquista del capitalismo se expresa de una manera permanente, continua desde su origen. .. He calificado al capitalismo por esta razón, de sistema imperialista por naturaleza, o que el imperialismo constituye “la fase permanente” del capitalismo”.

¹⁸ V.I. Lenin: El imperialismo fase superior del capitalismo, Editorial Fundamentos, Madrid 1974, p.99.

¹⁹ “El imperialismo -decía Kautsky- es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de toda nación capitalista industrial a someter y anexionarse cada vez más regiones agrarias sin tener en cuenta la nacionalidad de sus habitantes”. Cuando, como apostilla Lenin: “Lo característico del imperialismo no es el capital industrial sino el capital financiero”.

te”. Una teoría errónea, a juicio de Lenin, en cuanto “lleva el agua al molino de los apologistas del imperialismo, y según la cual el dominio del capital financiero atenúa la desigualdad y las contradicciones de la economía mundial, cuando en realidad lo que hace es acentuarlas”²⁰.

Siguiendo con la esencia económica del imperialismo, Lenin había subrayado: “Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de naciones riquísimas o muy fuertes: todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo, que obligan a calificarlo de capitalismo parasitario o en estado de descomposición. Cada día se manifiesta con más relieve, la formación de “Estados rentistas”, de Estados usureros, cuya burguesía vive cada día más a costa de la exportación de capitales y del “corte del cupón”.

Por todo ello, el “lugar histórico” del imperialismo, era también el de ser “antesala de la revolución social del proletariado que se avecina”. Es más, la lucha contra el imperialismo era “una frase vacía y falsa si no va ligada indisolublemente a la lucha contra el oportunismo”. Este fenómeno representado por la “aristocracia obrera” era una consecuencia de la superganancia imperialista y la capacidad de corromper económica e ideológicamente a las capas superiores del proletariado, cuya plasmación política eran los partidos obreros y sindicatos reformistas de la Segunda Internacional. “Esa capa de obreros aburguesados o de “aristocracia obrera”- señalaba Lenin en el prólogo de 1920 a su folleto El imperialismo, fase superior del capitalismo- enteramente pequeñoburgueses por su género de vida, por sus emolumentos y por toda su concepción del mundo, es el principal apoyo social (no militar) de la burguesía”.

B) Al ampliar nuestra exposición al conjunto de la obra de Lenin y a la sistematización política e ideológica que comportan los textos fundacionales de la III Internacional, hemos tratado de mostrar cómo el

²⁰ Un apologismo recurrente, actualmente reverdecido por los espadachines neoliberales de la globalización imperialista.

imperialismo en el pensamiento de Lenin, no era ni mucho menos un fenómeno económico, sino que advertía la modificación decisiva en el terreno político e ideológico a escala nacional e internacional que representaba. Una interpretación restringida a los rasgos económicos del imperialismo, aparte de una mutilación del pensamiento de Lenin, podría conducir al “economismo” de raigambre socialdemócrata, al que Lenin combatió con todas sus fuerzas, y que tras su muerte reaparecerá en la dirección de la Internacional Comunista. Como señalaba Bettelheim: “Al definir el desarrollo de las fuerzas productivas como motor de la historia, uno de los principales efectos del “economismo” consiste en hacer aparecer la lucha política de clases como producto directo e inmediato de las *contradicciones económicas*. Contradicciones que se supone deben “engendrar” por sí mismas las transformaciones sociales y “llegado el momento” las luchas revolucionarias. La clase obrera, en consecuencia, parece espontáneamente impulsada hacia la revolución (siendo innecesaria entonces la tarea de construir un partido proletario). La misma problemática tiende a negar que otras clases explotadas y oprimidas distintas del proletariado puedan luchar por el socialismo”²¹.

En la lucha contra el reformismo socialdemócrata, Lenin, como hemos visto, asoció su persistencia bajo el imperialismo al núcleo duro de la “aristocracia obrera”, confiando en que la crisis revolucionaria apartara a la masa obrera de sus filas. Lo cual está lejos de suponer que concibiera la influencia de la socialdemocracia sobre la clase obrera como un hecho económico. La concepción de la socialdemocracia como aparato ideológico del Estado burgués, se deriva del hecho de ser un vehículo de la ideología burguesa en el seno de la clase obrera. En este sentido, el partido socialdemócrata es un partido obrero que sigue la política burguesa, y por ello llamado “social-traidor”, desde el punto de vista de los objetivos marxistas y revolucionarios de la clase obrera. Y de donde se desprende, en primera instancia,

²¹ Charles Bettelheim: Las luchas de clases en la URSS. Primer periodo (1917-1923), p.26.

la necesidad de crear una Internacional Comunista, de rechazo a los partidos socialdemócratas que han renunciado al marxismo revolucionario y a la revolución socialista en la fase imperialista. Y esto ha quedado confirmado sin ningún género de dudas en el transcurso histórico posterior.

C) La creación de la Internacional Comunista (1919), como “partido mundial de la revolución”, anunciada durante la coyuntura bélica, respondió a dos premisas fundamentales, como ya resaltamos: al gran impacto de la revolución rusa de Octubre, considerada el prólogo de la revolución europea, y a la necesidad de generar un partido revolucionario de tipo bolchevique que la llevara a cabo. Porque, para Lenin, sin partido revolucionario no hay revolución socialista. Y como escribe a finales de 1918, a la vista de la revolución alemana: “ La mayor desgracia para Europa, el mayor peligro que corre es que no existe partido revolucionario”.

La concepción entonces de Lenin respecto a la marcha de la revolución mundial es esencialmente la misma que la de Marx y Engels, reforzada por las contradicciones del sistema imperialista y las premisas objetivas que éste hace madurar en cuanto capitalismo en descomposición, obligado a recurrir a la guerra y a la reacción política, y por tanto a ser el enemigo nº 1 de la humanidad. Si para Marx y Engels la revolución socialista sería iniciada consecuentemente en los países de capitalismo avanzado, para Lenin y los bolcheviques rusos el esquema seguía en pie, puesto que la gran revolución rusa de Octubre tan sólo se había adelantado, debido a la fusión de las premisas objetivas y subjetivas, encabezadas por el partido bolchevique, actuando como “prólogo” de la revolución europea.

Cierto que la explosividad de las contradicciones que habían engendrado la revolución rusa de Octubre permitía sacar la conclusión de que esta ruptura de la cadena imperialista por el “eslabón más débil” de la cadena, y el más fuerte desde el punto de vista de la teoría, la política y la ideología proletaria, no sólo ponía de manifiesto el desarrollo desigual de los eslabones, sino que ampliaba el enfoque ex-

perimental de los proyectos revolucionarios. Al asociar la experiencia revolucionaria rusa a las posibilidades de los pueblos del Este y los movimientos de liberación nacional, en tanto “eslabones débiles” de la cadena imperialista.

Antes, la confirmación del esquema de la revolución -que pasaba por la extensión de la revolución a la Europa capitalista desarrollada- había sido dado por la revolución alemana (noviembre de 1918), en razón de la cual Lenin termina alborozado su libro “La revolución proletaria y el renegado Kautsky”, destacando la similitud inicial de los acontecimientos de Alemania con los de Rusia un año antes. Pese a la rápida y sangrienta derrota de la revolución alemana, en la que son asesinados los máximos dirigentes del partido comunista alemán, recién creado, la eminente Rosa Luxemburg y Carlos Liebknecht, Lenin confía en que aquellas jornadas sangrientas, al igual que las del verano de 1917 en Rusia, redoblarán el auge revolucionario, conduciendo al proletariado alemán a su Octubre Rojo. Pero ya sabemos que no ocurrió así.

Tampoco la creación de la Internacional Comunista (marzo de 1919) logró llevar a la victoria la ofensiva revolucionaria desatada, al final de la guerra imperialista, en numerosos países europeos. Una victoria que se consideraba decisiva para la buena marcha de la revolución rusa y a la que se pensaba seguiría el movimiento obrero iniciado en las colonias. Con estas grandiosas expectativas fue abierto el II Congreso de la Internacional Comunista, subrayado por el hecho de que sus sesiones en el verano de 1920 discurrieran en paralelo al avance del Ejército Rojo de la Rusia soviética sobre Polonia. Pero finalizado el II Congreso, también el avance ruso sobre Polonia fracasa, lo que unido al declive de la ofensiva revolucionaria europea conducirá a la retirada y la reorientación estratégica acordada en el III Congreso de la IC, en el verano de 1921.

Aunque no fue hasta el fracaso alemán de octubre de 1923 cuando se esfumaron por completo las expectativas de la revolución europea, lo que hará poner el punto de mira hacia el Este, hacia la revolución china. La fundación de la Internacional Cam-

pesina en octubre de 1923 reflejaba esa orientación.

D) La debilidad de los nacientes partidos comunistas en cuanto eran escisiones de los partidos socialdemócratas, se puso de manifiesto, tanto en la problemática depuradora respecto a las dos alas de la derecha y el centro, como respecto a la influencia anarquizante de la ideología pequeñoburguesa. El desprecio por la organización del partido y el culto abstracto a la acción directa y espontánea, o el “putchismo”, que ignora la ideología marxista leninista y rinde culto a la violencia terrorista de las minorías actuantes, fueron agentes de la desmovilización política, que en algunos países facilita el proceso de fascistización. Tanto más, cuando -como señala Poutlanzas- una característica primordial de ese proceso de facistización estriba en que la lucha de la burguesía contra la clase obrera se hace cada vez más política, mientras la de la clase obrera se encierra en el dominio económico reivindicativo. En todo caso el vehículo de la influencia de la demagogia fascista sobre la clase obrera fue llevado a cabo por los aspectos “populista-obreristas” de la ideología de la pequeña burguesía. Una influencia que no había pasado ni mucho menos desapercibida en la apreciación de la fisonomía postbélica de la clase obrera europea.

Para explicar las dificultades con que tropezaron los partidos comunistas europeos, hay que considerar la identificación de la revolución con el regreso a la guerra, cuando en la experiencia rusa había sido la paz, el pan y la tierra, la cuestión clave para agrupar en torno a los bolcheviques a la mayoría del pueblo trabajador. No sólo la crisis económica tuvo efectos traumáticos para las capas medias y bajas de la población, que fueron canalizados por la demagogia fascista, sino que la figura del “soldado del frente” -de los ejércitos de la Primera Guerra Mundial- formó parte de la mitología de los grupos armados ultranacionalistas (Hobsbawm), como los squadristi italianos y el freikorps alemán. A decir de este autor: “la primera guerra mundial fue una máquina que produjo la brutalización del mundo y esos

hombres se ufanan liberando su brutalidad latente”.

Por otro lado, en contraste con los sacrificios y llamamientos revolucionarios de los grupos comunistas, según E.H. Carr “no hubo propaganda que perjudicara tanto a la Revolución bolchevique en Europa occidental como la que hizo hincapié en el bajo nivel de vida del pueblo ruso y en las privaciones de la guerra y la guerra civil”.

E) El impacto de la revolución rusa de Octubre fue en su día enorme y sus repercusiones serían -comparada con la burguesa revolución francesa de 1789- mucho mayores. Pero si de esto no cabía duda para los contemporáneos, tampoco la había respecto a la problemática que presentaba la transición socialista en un sólo país y encima económicamente atrasado, aunque por su extensión equivalía a varios países juntos. “El derrocamiento del poder burgués en un Estado que ocupaba la sexta parte del globo era una victoria del movimiento revolucionario inspirado en el marxismo. Pero el contexto mundial en que la revolución se produce, la “resistencia” del capitalismo en los países capitalistas avanzados, el notable fortalecimiento del mismo en zonas claves (Estados Unidos y Japón), el marco nacional en que quedaba encerrada la revolución socialista -por añadidura en un país atrasado- ponían en entredicho aspectos esenciales de la teoría de la revolución mundial elaborada por Marx, Engel y Lenin” (Claudin).

A comienzos de marzo de 1923, Lenin escribe para el periódico Pravda, el artículo “Más vale poco y bueno”, en el que reflexiona sobre “la victoria definitiva del socialismo”, el desplazamiento de la revolución hacia Oriente y el porvenir del poder soviético en Rusia. “El desenlace de la lucha depende, en última instancia, del hecho de que Rusia, la India, China, etc., constituyen la mayoría gigantesca de la población. Y precisamente esta mayoría de la población es la que se incorpora en los últimos años, con inusitada rapidez a la lucha por su liberación, de modo que, en este sentido, no puede haber ni sombra de duda respecto al desenlace final de la lucha a escala mundial. En este sentido,

la victoria definitiva del socialismo está plena y absolutamente asegurada”.

Agregando acto seguido: “Pero lo que nos interesa no es esta inevitabilidad de la victoria definitiva del socialismo. Lo que nos interesa es la táctica que nosotros, Partido Comunista de Rusia; que nosotros, Poder soviético de Rusia, debemos seguir para impedir que los Estados contrarrevolucionarios de Europa Occidental nos aplasten. Para asegurar nuestra existencia hasta la siguiente colisión militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente revolucionario y nacionalista, entre los Estados más civilizados del mundo y los Estados atrasados al modo oriental, los cuales, sin embargo, constituyen la mayoría, y es preciso que esta mayoría tenga tiempo de civilizarse. A nosotros también nos falta civilización para pasar directamente al socialismo, aunque contamos con las premisas políticas necesarias para ello...”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BETTELHEIM, C: Las luchas de clases en la URSS, Siglo XXI, España, 1976.

BIBLIOTECA COMUNISTA: Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, Ediciones Pluma, Buenos Aires, 1973.

CARR, E.H.: Historia de la Rusia Soviética 1, La revolución bolchevique(1917-1923), Alianza Editorial, Madrid 1974.

CLAUDIN, F.: La crisis del movimiento Comunista, Ediciones Ruedo Ibérico, 1970.

DROZ, J: Historia general del socialismo, Edic. Destino, Barcelona, 1982.

HOBBSBAWM, E: Historia del siglo XX, Crítica, Barcelona 1995.

KOLONTAI, A: La oposición obrera, Edic. Anagrama, Barcelona 1975.

LENIN, V.I.: Obras Completas, Editorial Progreso, Moscú, 1984.

-El imperialismo, fase superior del capitalismo.

-Cuadernos sobre el imperialismo.

-El imperialismo y la escisión del socialismo

-La bancarrota de la II Internacional.

-Sobre el folleto Junius.

-El programa militar de la revolución proletaria.

-Los Estados Unidos de Europa.

-Sobre la caricatura del marxismo y el economismo imperialista.

-El Estado y la revolución

-La revolución proletaria y el renegado Kautsky.

-La enfermedad infantil del izquierdismo

-El significado del materialismo militante.

-Cinco años de la revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial.

-Más vale poco y bueno.

LIEBKNECHT, C: Militarismo, Guerra , Revolución, México, 1974.

LUXEMBURG, R: Obras escogidas, vol.2. Ayuso, Madrid, 1978.

-La crisis de la socialdemocracia (folleto Junius).

-La revolución rusa.

-¿Qué se propone la Liga Espartaco?

POUTLANZAS, N: Fascismo y dictadura. La III Internacional frente al fascismo, Siglo XXI, Madrid, 1973.

REED, J: Diez días que estremecieron el mundo, Akal editor, Madrid, 1974.